

SINTHA



—Eres valiente... —murmuró Arez con aire divertido. Seguía acariciándome el pelo, lo que me produjo continuas oleadas de placer por todo el cuerpo. A pesar de mi desafío, no daba muestras de tener ninguna prisa. Muy lentamente me acarició el contorno de las costillas y fue subiendo hasta deleitarse al comprobar lo bien que encajaba mi pecho en su mano, y mientras su áspero pulgar rozaba mi pezón casi por casualidad, pero una y otra vez, sus ojos dorados se mantenían pendientes de mi reacción. Relucían con fascinación, colmados de la profunda satisfacción que le producía sentirse el dueño de cada uno de mis pequeños espasmos y gemidos. Amo y señor. En ese instante supe que, por el momento, no tenía intención de arrastrarme a un nuevo torbellino de pasión desenfrenada. No, Arez quería ser totalmente consciente de cómo me volvía loca y me haría sentir hasta el último momento de angustioso placer.

Cielos, no sabía si sobreviviría a eso; estaba tan exageradamente excitada que mi respiración ya se limitaba a meros suspiros temblorosos. Desesperada, me retorcí sobre las mantas y las pieles y me aferré a sus hombros para intentar atraerlo y poder besarlo. Sin embargo,

Arez se mantuvo firme como una estatua de mármol. Al parecer, sentirse superior lo complacía demasiado para ceder, porque en lugar de eso presionó todavía más el bajo vientre contra mi regazo para limitar todavía más mi margen de movimiento, aunque lo único que consiguió fue que notara todavía más lo excitado que estaba. Solté un gemido y arqueé la espalda al notar que el vacío ardiente de mi interior empezaba a latir todavía con más intensidad. Y no fue una buena idea, porque se lo tomó como una invitación a bajar la boca hacia mi otro pecho. Por el amor de Jun, la paciencia con la que describía círculos alrededor de mi pezón con la punta de la lengua, provocándolo y lamiéndolo de vez en cuando, me robaba el sentido. Lo agarré por el pelo y tiré de él hacia mí con un leve jadeo para que hiciera algo, cualquier cosa menos reírse en voz baja de mi impaciencia.

—Como no empieces enseguida a...

De inmediato sofocó mi protesta entrecortada envolviéndome el pezón con los labios para chuparlo y mordisquearlo hasta que quedó duro y firme y el habitual color melocotón rosado se convirtió en un rojo intenso. Apenas podía respirar de lo insoportablemente intensa que me pareció aquella tortura. La manera con la que sus caninos se clavaban en mi piel sensible sin llegar a arañarla siquiera me pareció erótica hasta un punto perturbador. Me sorprendí pensando en lo fantástico que sería que decidiera abandonar toda precaución y se rindiera por fin a su naturaleza.

«Si te mordiera sentirías más placer del que serías capaz de asumir...».

Eso me provocó un escalofrío tan intenso por todo el cuerpo que no me di cuenta de que sus dedos se habían colado por la cintura de mis pantalones hasta que fue demasiado tarde. Jadeando, dejé caer la cabeza sobre la almohada y me transformé en un manojito de puro deseo exento de voluntad propia. No había permitido que nadie me tocara de ese modo desde hacía una eternidad, porque no tenía ni la paciencia necesaria para los torpes ni el suficiente autocontrol ante

mis amantes más expertos, lo que ponía en riesgo o bien mi diversión, o bien el dominio de mi hálito.

En esos momentos, en cambio..., ya no dominaba nada de nada desde hacía rato y, por el alma negra de Nheema, Arez sabía lo que hacía. Sus dedos jugaron con mis sensaciones, sedujeron mi cuerpo y atizaron sus brasas hasta arrancarle unas llamas que pude notar hasta en la punta de los dedos de los pies. Mi pensamiento quedó acallado, mis sentidos se aguzaron y, antes de que pudiera llegar a gritar su nombre, toda la tensión sexual acumulada durante los últimos días explotó en mi bajo vientre en un orgasmo tan intenso que las chispas empezaron a danzar como estrellas en el techo.

Lo siguiente que conseguí percibir de forma consciente fue el rostro de Arez rodeado por su pelo negro, muy revuelto, y también sus ojos dorados, que parecían más brillantes que nunca. Debajo apareció una sonrisa satisfecha, puede que incluso algo divertida.

—Ni... se te ocurra... —balbuceé, luchando contra las palpitaciones de placer que apenas empezaban a remitir.

—¿A qué te refieres?

—A... burlarte de... lo mucho que... debía necesitar... esto. En cuanto pueda volver a moverme, pienso vengarme y luego... ya veremos... cómo te las apañas.

La sonrisa de Arez se ensanchó.

—Gracias por la advertencia, pero... —empezó a decir, tras lo que sacó la mano de mis pantalones y se la llevó a los labios— esto ha sido lo más excitante que he experimentado en mucho tiempo —añadió mientras se lamía un dedo—. Jamás se me ocurriría burlarme —concluyó, lamiéndose otro—. Y te olvidas de algo —prosiguió con una expresión pícara en la mirada, tras lo que se incorporó para luego arrodillarse entre mis muslos—: por mis venas fluye el hierro y se dice que los vakares somos capaces de controlarlo. Por muy hábil que demuestres ser, esto no terminará enseguida.

Mientras asumía con consternación lo que acababa de insinuar-me, Arez me levantó los tobillos y los apoyó en sus hombros. Era la posición perfecta para quitarme los pantalones poco a poco y de una vez. Quedé desnuda delante de él, una imagen que Arez disfrutó visiblemente antes de acariciarme los muslos y deslizar los dedos hasta mi húmeda entrepierna.

Demasiado, y demasiado pronto. Apoyé uno de los pies en su pecho y ejercí la presión necesaria para interrumpirle. Arez levantó la mirada. En su rostro ardía un hambre salvaje con un atisbo de anarquía. Reaccionó como si me hubiera atrevido a interponerme entre un depredador y su cena.

—Hierro, ¿eh? —ronroneé con los ojos entreabiertos, asintiendo de forma elocuente hacia el bulto que tensaba sus pantalones—. Pues demuéstremelo...

Una sonrisa lobuna apareció en su rostro. Por supuesto, intuyó que no pondría en duda sus palabras. Todo lo contrario. La cuestión solo era si cumpliría mi deseo implícito o si seguiría torturándome.

Sin apartar la mirada de mí, se puso en pie y se quitó la pistola, el cinturón y todas las armas blancas. No parecía que tuviera prisa, pero a mí se me estaba terminando la paciencia. Mientras me quitaba las botas, me puse de rodillas y alargué la mano hacia la hebilla de su cinturón. Los dos nos detuvimos al mismo tiempo, cruzando nuestras miradas en una especie de duelo acalorado. Creía que me pararía los pies y me obligaría a tenderme de nuevo sobre el colchón, pero me equivocaba.

AREZ

Había que tener los nervios templados para permitir que las afiladas garras de una ónide se acercaran a tus partes nobles. Pero comparada con las vakaras con las que me había acostado, las delicadas garras doradas que prolongaban los esbeltos dedos de Sin

eran más bien... bonitas. Preciosas, de hecho. E increíblemente hábiles. Con gran entusiasmo comprobó la veracidad de mis palabras y observó cómo el hierro que fluye bajo mi piel seguía primero sus dedos y, luego, su lengua. Sus caricias casi acaban conmigo. Un gemido me ardía en la garganta, pero me controlé. Si aquella pequeña salvaje hubiera descubierto enseguida lo loco que me volvía la idea de que me tocara, se habría burlado de mí. No podía ponérselo tan fácil.

Sin embargo, cuando sus perfectos y lujuriosos labios por fin me envolvieron, se me olvidaron todos los buenos propósitos. Con un gemido ronco, eché la cabeza hacia atrás y cerré los puños para no soltar la más vulgar de las maldiciones. Durante los últimos días, lo había imaginado muchas veces, entre algunas otras cosas. Pero la realidad demostraba ser mucho mejor. Adoraba aquellos labios, tanto si articulaban réplicas desafiantes como si mordisqueaban una tostada con miel o si se pegaban ávidamente a los míos con dulzura. Sin embargo, en esos momentos tuve que añadir otra actividad favorita a esa lista: la devoción con la que Sin me acogía y me mimaba. Joder, qué gusto. Estuve a punto de correrme, y ella habría llegado incluso a batir su récord si no fuera porque la agarré por los hombros y la atraje hacia mí.

—Sin —gruñí con la voz ronca, aunque no sé si fue una advertencia o simplemente la necesidad de notar su nombre en mi lengua.

—¿Sí? —respondió ella con una mirada seductora y un tono de voz inocente.

Demasiado para que sus manos siguieran con lo que su boca había dejado a medias. Y con la intensidad justa. Mierda, esa mujer era mi perdición.

—¡Sin! —exclamé de nuevo, agarrándole las muñecas para obligarla a volverse y poder así presionarla contra mi pecho.

Aquello apenas mejoró la situación, porque pasó a empujar su trasero desnudo contra mi entrepierna. Sin soltó un gemido al notarme,

un sonido dulce que a punto estuvo de hacerme perder el control, y el hecho de que empezara a frotarse contra mi cuerpo no me lo puso más fácil. No había mentido cuando me había jactado de la resistencia de los vakares, y estaba decidido a que aquella pequeña aventura no terminara rápidamente. No obstante, tampoco quería que fuera de ese modo. Todavía no. Primero tenía que calmar ese instinto salvaje que me instaba a hundirme en ella hasta el fondo y reclamarla como mía. Por no hablar de lo poco que me gustaba que me quitaran las riendas. Todavía no. Cuando Sintha quedara agotada de tanto gritar de placer y solo fuera capaz de gemir mi nombre, tal vez me permitiría el lujo de cederle un poco el control. Tal vez.

Con más disciplina de la que poseía realmente, ignoré la súplica silenciosa de su trasero tembloroso y deslicé las manos entre sus piernas. Por todos los dioses, qué mojada estaba, qué dispuesta. Nada me apetecía más que sentirme envuelto por su cálida carne, pero... ¡todavía no!

Empecé a masajearla con suavidad y enseguida recibí un jadeo desesperado como recompensa.

—Arez, por favor...

Eso era lo que yo esperaba, pero quería más. Continué hasta que el cuerpo entero le temblaba y el aroma de su excitación se volvió tan intenso que incluso pude notarlo en las papilas gustativas. Se apretó contra mi mano, la cabalgó y se retorció desesperadamente para poder volverse un poco y agarrarme de nuevo entre sus dulces dedos. Aunque no se lo permití.

—Arez, por favor... ¡Te deseo!

Nunca habría creído que alguien pudiera sonar tan excitada y tan frustrada al mismo tiempo. Hundí la cara en sus suaves y sensibles cabellos y noté cómo se estremecía con mi aliento.

—Córrete para mí —le susurré, y entonces hizo algo que ni en un millón de inviernos habría podido esperar.

—No —me dijo.

¿No?! El animal que había en mí soltó un grito entre la furia y la alegría de recibir ese reto, ese desafío, la oportunidad de darle una lección. Pero un último resto de cordura me obligó a detenerme.

—¡Para, Arez!

Tenía mi palabra. Se lo había prometido. «¿Qué más da?», exclamaba una parte de mí. Olía, oía y notaba lo mucho que estaba disfrutando, pero... se lo había prometido. Y no pensaba volver a faltar a mi palabra. La delicada confianza que me había demostrado ese día me parecía demasiado preciosa, demasiado frágil. Recurrí a todas mis fuerzas para obligarme a apartar las manos de ella.

—¿Te he hecho daño?

A mi mente le costó articular las palabras para formular una pregunta cuya respuesta ya conocía de sobras. Me había andado con mucho cuidado y había prestado atención a todas sus reacciones. Y las había disfrutado, absorbiéndolas literalmente.

Sintha me lanzó una mirada lasciva por encima del hombro y se apartó de mí con un contoneo de caderas capaz de poner de rodillas a naciones enteras.

—No, pero...

Se me crisparon los dedos y el cuerpo entero me temblaba. Aquella distancia entre nosotros me pareció inaceptable. Estaba a punto de ponerle remedio cuando Sin se puso de cuatro patas a la suave luz de la chimenea, hundiendo el torso en las almohadas para ofrecerme mejor lo que yo tanto ansiaba.

—... no quiero seguir jugando —ronroneó—. Quiero notarte dentro de mí cuando me corra.

¡Por todos los dioses! ¿Había perdido por completo la cabeza para decirme algo así mientras se me ofrecía con semejante gesto de sumisión incondicional?! El animal que llevaba en mi interior soltó un rugido triunfante que consiguió que mi capacidad de controlarme se tambaleara. ¡Y una mierda, no quería seguir jugando! ¿Qué estaba haciendo, si no? Intentaba eludir mi voluntad, arrebatarme el control,

a pesar de no tener la menor idea de lo peligroso que podía llegar a ser aquel juego de poder. Yo no era un perrito faldero al que pudiera atar con una correa y manipular a voluntad ofreciéndole golosinas. Estaba dispuesto a demostrárselo y a satisfacer su deseo de forma dura e implacable, hasta que el último resto de su rebeldía se hubiera transformado en un éxtasis desesperado, pero... ¡todavía no!

SINTHA

Un profundo gruñido resonó detrás de mí y su eco hizo vibrar mis terminaciones nerviosas. Me costó una barbaridad quedarme quieta y no meterme la mano entre las piernas para lanzarme al abismo a cuyo borde Arez me había llevado de nuevo. Era consciente de que mi comportamiento tal vez podía parecer un poco... extremado, pero de algún modo tenía que conseguir que aquel tipo tan impresionante y tan dominante perdiera por fin un poco el control y se decidiera a ir en serio. ¡Tenía que notarlo dentro de mí! De lo contrario, ese anhelo tan agresivo que bramaba en mi interior me abrasaría viva. Lo deseaba tanto que incluso el aire frío que me envolvía la piel me parecía una caricia.

Hasta que Arez por fin se puso detrás de mí. Sus fuertes manos me agarraron por las caderas y... Abrí los ojos cuando noté cómo su lengua lamía el centro de mi placer. Luego le siguieron sus labios, sus besos y sus dedos. Eso no lo había previsto, pero la sensación fue increíble. Hundí las garras en las almohadas que tenía delante y empezaron a saltar por los aires las plumas del relleno junto a las chispas. Cielos, realmente no había previsto en absoluto que hiciera eso...

—Por favor... —dije, levantándome de las almohadas.

Sin embargo, Arez me puso una mano en la espalda para obligarme a bajar la cabeza de nuevo, apartó la boca y me metió un dedo con una lentitud tortuosa.

—Por favor ¿qué? —le oí decir con la voz ensombrecida por el deseo.

Le siguió un segundo dedo para dilatarme y encontrar con precisión el punto que multiplicaba todas mis sensaciones.

—Yo... —balbuceé mientras mis músculos se tensaban, augurando un orgasmo que se avecinaba con la fuerza bruta de una catástrofe natural—. ¡Tómame de una vez! Por favor...

En mi vida había suplicado nada, pero en esos momentos lo necesitaba tanto que casi me dolía. Y justo en el momento en el que el cuerpo entero se me contraía de placer, Arez reemplazó sus dedos por lo que yo tanto ansiaba. Me penetró mientras yo me corría gritando de éxtasis. Arez me llenó por completo y más profundamente de lo que yo habría podido imaginar posible. Los músculos me palpitaban a su alrededor, pero él me agarró por las caderas sin concederme la más mínima pausa.

Se hundió una y otra vez en mí mientras yo me precipitaba hasta el siguiente clímax gimiendo como una loca. Jamás había experimentado nada tan increíble. Tal vez se debió al hálito desatado o a las energías de la tormenta que se descargaron de repente, pero dejé de tener influencia alguna sobre mi propio cuerpo. Solo me dominaban los instintos y la idea de compenetrarme con Arez.

Me agarró por el pelo y las terminaciones nerviosas se me inflamaron de repente. Con fuerza pero con suavidad, me levantó sin perder el ritmo en ningún momento. Yo sabía lo que él quería, por lo que incliné instintivamente la pelvis hacia atrás y arqueé la espalda para que pudiera besarme. Mi sabor en sus labios, el sonido gutural con el que conquistó mi boca, la abrasadora pared de músculos que notaba detrás de mí y el dulce dolor que sentí cuando me pellizcó los pezones fueron demasiado. Me corrí otra vez. Y otra. Y otra más. Arez me llevó hacia un único orgasmo continuo. Noté cada una de sus embestidas como si un rayo me recorriera las extremidades, sintiendo como él se hinchaba cada vez más dentro de mí. Me apartó la

cabeza hacia un lado y con un gemido salvaje presionó su boca contra mi cuello. Sus colmillos se hundieron en mi piel. ¿Me estaba mordiendo? No lo sabía y me daba igual, porque en ese instante la realidad estalló por fin en mil pedazos diminutos y descubrí un nivel superior de pérdida de control. Los muslos me temblaban y el cuerpo entero se me estremeció con espasmos de euforia mientras recibía las últimas embestidas y las sombras se desataban. Me encabrité gritando su nombre mientras una sensación de máximo bienestar me recorría las venas. Mis gritos se mezclaron con un oscuro gruñido de profunda satisfacción antes de notar cómo Arez me envolvía entre sus fuertes brazos para correrse dentro de mí. Su cuerpo entero temblaba tanto como el mío, pero siguió abrazándome con fuerza. Tanta, como si yo fuera el único punto fijo en un mundo que no paraba de dar tumbos, como si estuviera perdido sin mí. Fue un reflejo de mis sensaciones, de mi liberación, de mi ruina. Noté los latidos de su corazón en cada fibra de mi ser. Puede que fuéramos dos fuerzas opuestas que desequilibraban la naturaleza, pero juntos formábamos un único todo que tenía más razón de ser que cualquier otra cosa en el mundo.

No sé cuánto tiempo duró esa sensación que nos robó el sentido y el aliento. Solo cuando las embriagadoras oleadas de fuego abrasador por fin empezaron a remitir poco a poco, Arez me acostó sobre las frescas almohadas y me dio la vuelta para mirarme, algo que, sorprendentemente, consiguió hacer sin separarse de mí.

Una leve risa me acarició la piel con ternura, y la voz ronca de Arez se convirtió en la encarnación de los pecados más sombríos.

—Un inicio prometedor, ¿no te parece? —comentó antes de besarme con suavidad, con calidez, con una devoción absoluta.

Y mientras yo me preguntaba por qué sus palabras parecían insinuar mucho más que una simple aventura erótica, empezó a moverse de nuevo dentro de mí. Sorprendida, jadeé de nuevo ante sus labios al notar que él volvía a estar, o seguía estando, duro como el hierro que fluía por su sangre. Esa vez sus movimientos fueron tan

provocativamente lentos y despiadadamente sensuales que mi mente se rindió enseguida, incapaz de asimilar más placer.

—Arez..., ¿qué... haces?

El resto de mi protesta se perdió en un gemido y me di cuenta, conmovida, de que el gemido en cuestión era mío. El anhelo que creíamos haber convertido en cenizas se reavivó. Con suavidad, tan bello como un amanecer e igual de inevitable. Arez entrelazó sus dedos con los míos y me pasó los brazos por encima de la cabeza para poder hundirse todavía más en mí.

—Cumplir con mi palabra...